

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1964 - Núms. 126-127



SEVILLA

PUBLICACIONES

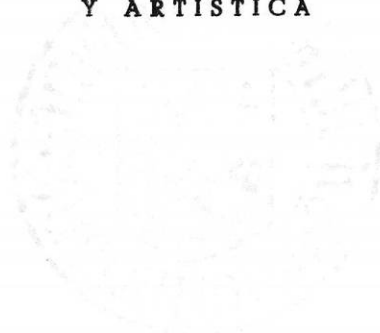
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



834

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA  
HISTORICA, LITERARIA  
Y ARTÍSTICA



EJEMPLAR NÚM. **469**

DEPÓSITO LEGAL, SE-25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL  
SAN LUIS, 29. — SEVILLA.

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA  
HISTÓRICA, LITERARIA  
Y ARTÍSTICA

---

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.<sup>a</sup> Época  
Año 1964



Tom o XLI  
Núms. 126-127

PUBLICACIONES  
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL  
DE SEVILLA

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1964

JULIO - OCTUBRE

Ns 126-127

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Ilmo. Sr. D. MIGUEL MAESTRE Y LASSO DE LA VEGA, Presidente de la Diputación Provincial.—Excmo. Sr. D. JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.—Sr. D. Jesús ARELLANO CATALÁN.—Sr. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.—Sr. D. ANTONIO MURO OREJÓN.—Sr. D. LUÍS TORO BUIZA.—Sr. Secretario de la Diputación Provincial.  
Sr. Interventor de la Diputación Provincial.  
Director—Sr. D. Manuel JUSTINIANO Y MARTÍNEZ,  
Secretario de Redacción.—Sr. D. JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO.  
Administrador.—D<sup>a</sup> Araceli SHAW GARCÍA.  
Viceadministrador:—Srta. FRANCISCA CABRERA FERNÁNDEZ.

## SUMARIO

Págs.

### ARTICULOS

- Vicente Romero Muñoz.—*La Economía Sevillana en el siglo XIII*.... 9  
Antonio Herrera García.—*El Archivo Eclesiástico de la iglesia parroquial (Santa María la Blanca) de Vil'anueva del Ariscal*..... 39  
Antonio de la Banda y Vargas.—*El Crucificado de la Semana Santa Sevillana*..... 71  
José López Navío, Sch. P.—*Don Juan de Fonseca, Canónigo Maestrescuela de Sevilla*..... 83

### MISCELANEA

- Hipólito Sancho de Sopranis.—*Nuevos documentos relacionados con el Beato Juan Grande, O. H.*..... 129  
Teodoro Falcón Márquez.—*Relación inédita del traslado de las Parroquia'es de San Isidoro y San Ildefonso a la Iglesia de San Nicolás*..... 135  
Luis J. Pedregal.—*Felipe de Rivas, escultor, arquitecto y constructor de retablos sevillanos*..... 147  
Antonio Domínguez Ortiz.—*Documentos para la historia de Sevilla*... 153  
Un CrI. Vtrno.—*De mis tiempos de antaño*..... 157

### LIBROS

- Javierre, José María.—*«Don Marcelo de Sevilla»*, por José Manuel Cuenca Toribio..... 169

	<u>Págs.</u>
<i>Charles Journet.</i> —« <i>El Mal</i> », por James G. Colbert, Jr. ....	173
<i>Pérez-Embú, Florentino</i> — <i>Menéndez Pelayo desde la actualidad</i> , por M. J. M. ....	174
<i>Pérez y Gómez, Antonio</i> — « <i>Don Juan de La Cierva, ministro de Alfonso XIII (1864-1938)</i> », por José Manuel Cuenca Toribio ....	175
<i>Juan Ba utista Soler vicens.</i> —« <i>Manuel Durán y Bas</i> », por M. J. M. ....	177
« <i>Colección de incunables Alfageme-Fontanals</i> ».— <i>Edición A. B.</i> , por M. J. M. ....	179
« <i>Documentación crítica Iberoamericana de Filosofía y Ciencias afines</i> , por M. J. M. ....	180
« <i>Vida de San Lorenzo Justiniano</i> ». <i>Edición patrocinada por el Patriarca de Venecia, Cardenal G. Urbani</i> , por Fermín Cotán-Pinto y Olivencia. ....	181
<i>José Manuel Cuenca.</i> —« <i>Don Pedro de Inguanzo y Rivero (1764-1836). Último Primado del Antiguo Régimen</i> », por M. J. M. ....	189
<i>Luis M<sup>a</sup> de Lojendio.</i> —« <i>El testimonio personal de San Pablo</i> », por Luis Núñez Ladeveze ....	192
<i>F. D. Wilhelmsen.</i> —« <i>La ortodoxa pública y los poderes de la irracionalidad</i> », por Luis Núñez Ladeveze ....	193
<i>Bohdan Chudoba, M.</i> — « <i>Los tiempos antiguos y la venida de Cristo</i> », por Luis Núñez Ladeveze ....	194
<i>Antonio del Toro.</i> — « <i>La crisis del pensamiento cristiano en el siglo XVI</i> », por José María Madrazo y Madrazo ....	194
<i>Suárez, Federico.</i> — « <i>Introducción a Donoso Cortés</i> ». — <i>Ediciones Rialp, S. A.</i> , por José María Medrazo y Medrazo ....	196
<i>Sevilla</i> — <i>España en paz.</i> — <i>Publicaciones Españolas</i> , por C. R. L. ....	198
<i>Francisco Martí</i> — « <i>La conspiración de El Escorial</i> », por José Manuel Cuenca Toribio ....	199
<i>El Escorial, 1563-1963.</i> — <i>Ediciones Patrimonio Nacional</i> , por M. J. M.	201
<i>Voltes Bou, Pedro.</i> — « <i>La Banca barcelonesa de 1840 a 1920</i> », por M. J. M. ....	203
—	
<i>Crónica de la Diputación Provincial a los XXV años de paz</i> ....	209
<i>Crónica de aquellos tiempos de la República</i> , por el Cronista Oficial de la Provincia ....	215





## DE MIS TIEMPOS DE ANTAÑO «NOVATADAS»

Conocemos por ellas los vejámenes y molestias que los alumnos de ciertas Academias y Colegios causan a sus compañeros de ingreso.

Desde el principio de la creación de las Universidades y otros centros de enseñanza ha habido costumbre en los estudiantes de practicar este género de bromas a sus nuevos compañeros. Fueron célebres las novatadas que se dieron durante el siglo XVI en las Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares. En ellas, los estudiantes noveles sufrían infinidad de burlas, y sólo se libraban cuando su bolsillo les permitía obsequiar a los compañeros. Esta mala costumbre se arraigó de tal manera que llegaron a tolerarla los estudiantes noveles, esperando, a su vez, desquitarse cuando les llegase la hora. Actualmente han desaparecido de nuestras Universidades e Institutos, y sólo quedaron en las Academias militares, en las que igualmente tienden a desaparecer, si es que no están ya en desuso totalmente.

Al ingresar en las últimas los «novatos», para que se acostumbrasen a sufrir, sin protesta alguna, las contrariedades que suele llevar consigo la carrera de las armas, eran objeto de las «novatadas» que, en general, no pasaban de burlas, más o menos discretas e ingeniosas, si bien se dieron casos de haber llegado a ser pesadísimas y peligrosas, por lo que los directores de las Academias tuvieron que tomar medidas enérgicas para atajarlas y dulcificarlas, ya que suprimirlas en absoluto no era posible ni quizás conveniente.

Las clases de novatadas se encuentran estrechamente ligadas con la formación de la persona que las da, en relación con sus buenos o malos instintos, ingenio, cultura, educación y hasta con su buen humor, lo que hace que se las pudiera clasificar, desde las «criminales» hasta las «chistosas», pasando por las de mala educación, groseras, ridículas, etc.

Antes de entrar a relacionar las que recibí en mi tiempo de «novato», a mi ingreso en la Academia de Infantería, que todas ellas

tuvieron alguna gracia, sin haberme originado molestia alguna mis «antiguos», quiero citar algunas oídas que sirven para fundamentarme en la clasificación hecha.

Siendo niño, le oí a mi difunto padre, que perteneció al Cuerpo General de la Armada, que cuando él era aspirante de primer año, embarcado en la fragata «Asturias», la que era por aquel tiempo Escuela Naval flotante, fondeada en El Ferrol, se comentaba entre los compañeros las consecuencias de una novatada que se había dado en dicha Escuela. Parece que, por haber sido bastante pesada la que sufrió un Aspirante (alumno de 1.º y 2.º año), molesto éste, lo puso en conocimiento de sus superiores, lo que llevó consigo el castigo de los culpables. Pero por haber sido delatada dicha novatada, en venganza, tanto los que la dieron como sus compañeros «antiguos», cogieron al pobre Aspirante de madrugada, le metieron en un saco fuertemente amarrado y lo tiraron al mar por una de las portas de una de las antiguas baterías de dicha fragata, sin que pudiera defenderse de la muerte por la forma en que iba.

El grito que dio el desgraciado al sentirse arrojado al mar, como el ruido de su entrada en el agua, llamésmole «chapuzón», hizo al servicio de guardia acudir en su salvamento y creo fue recogido, ignorando lo que se hizo con él y con sus «verdugos».

Voy a referir otra, de casi igual género, ocurrida en la misma Fragata-Escuela muchos años atrás.

Encontrándome estudiando el segundo año del bachillerato en San Fernando, en el Colegio de don José Vega, donde éste, además de dirigirlo, preparaba para el ingreso en las Academias Militares y Escuela Naval, conocí, entre los que estudiaban para marinos, a los dos hermanos Vicente y Eugenio P. B., hijos de otro marino que murió en el combate naval de Santiago de Cuba, el año 1898, por lo que habían ingresado en 1903 en la Escuela Naval flotante «Fragata Asturias», como huérfanos de primera categoría.

Vicente, que era el mayor de los dos, recibió una «novatada», que lo llevó casi a las puertas de la muerte. Encontrándose durmiendo, de madrugada, en una de esas hamacas denominadas «coirs», que son colgadas por sus dos extremos al techo o cubierta superior, a un «antiguo», F. N. C., no se le ocurrió más que cortar las cuerdas de uno de los extremos, precisamente, en el que tenía apoyada la cabeza, cayendo desde buena altura a la cubierta, y dándose un fuerte golpe en ella que le produjo conmoción cerebral; llegó a las puertas de la muerte. El causante de dicha novatada fue expulsado de la Escuela, con pérdida de la carrera, si bien, pasado algún tiempo, fue nuevamente ingresado en ella.

Durante nuestra Cruzada, este F. N., entonces ya capitán de

fragata (teniente coronel), se distinguió en Cartagena mucho como «rojo», perdiendo la carrera.

Encontrándome en Cádiz al año siguiente, y, comenzada mi preparación militar para marino, en el Colegio y Academia preparatoria de don Federico Hombre, conocí allí, entre los que se preparaban para militar, a un tal A. F., que ingresó en la Academia de Infantería en la convocatoria del año 1905, el cual en dicho Colegio ya daba muestras de sus malos instintos y groserías, apiicándosele más de una paliza por el Director.

Pues bien, éste, con otros dos, en su tercer año, dieron una novatada que consistió en poner a la víctima a altas horas de la madrugada, en paños menores, en uno de los descansillos o mesetas de la escalera de hierro que conducía a las compañías 1.ª, 2.ª y 3.ª, y, desde otro más alto, irle arrojando sendas palangas de agua fría, lo que hizo que cogiera una buena pulmonía. Llegó *tal broma* a conocimiento de la Superioridad la que, en Consejo de Disciplina, decretó la expulsión y pérdida de la carrera para sus autores, los que, pasados unos cuantos meses, por gracia especial, fueron nuevamente admitidos en la Academia, si bien, con pérdida del año, como castigo.

Este A. F., uno de los autores de la novatada que acabo de citar, durante la República fue su fiel sirviente, lo que le valió el destino en el empleo de comandante de los Guardias de Asalto de Cádiz, en cuyo cometido le cogió el día 18 de julio de 1936, ignorando qué fue de él, con posterioridad, ya que no volvió a figurar más.

Otra que podemos incluir entre las de la serie es la relacionada con un alumno de la promoción anterior, que hace pocos años ha fallecido de general de división, llamado, si no mal recuerdo, R. I. C.

Fue en el mes de septiembre u octubre del año 1910 cuando, viviendo en Toledo, en la Cuesta del Alcázar, en una casa frente a la Puerta de los Carros, observé, en la calle o cuesta, a eso de las cuatro de la tarde, a grupos de personas, entre las que no faltaban «los golfos» que se pasaban el día sentados sobre los pretiles de la cuesta superior, para los recados que les hacían los alumnos, como algunas de las «vivanderas», que siempre nos acompañaban en las marchas o paseos militares, entre las cuales estaban la «Sagrario» y su joven hija, comentaban acaloradamente algo que había sucedido en la Academia, viendo a los pocos minutos subir la cuesta precipitadamente al comandante médico don Felicísimo Cadenas, al capitán de igual cuerpo González Deleito, al capellán y algunos profesores.

Lo ocurrido fue que, debido a las novatadas que se daban al entonces alumno I. C., y a la clásica morriña que, por ser gallego, pudiera tener, lo que le hacía soportar menos este género de bromas,

tomó la decisión de suicidarse, llevándola a efecto arrojándose desde una de las ventanas más altas del torreón SE. de la Academia, en donde se encontraba su compañía. Cayó sobre unos gruesos cables de conducción de energía eléctrica, lo que aminoró la caída, como igualmente el golpe, al quedar sobre el tejado del paso curvo, que cedió, sin olvidar su fuerte constitución.

Recogido y transportado a la enfermería completamente conmocionado, fue objeto del correspondiente reconocimiento facultativo, no apreciándosele exteriormente fractura de ninguna clase, lesión ni herida, pero todos coincidían en que, dada la altura de donde había caído, interiormente debía de encontrarse la gravedad, pues, probablemente algún órgano importante, como el hígado, estómago, riñones, etc., debería haberse reventado, y que, por consiguiente, lo más probable era que en corto tiempo sobreviniera un fatal desenlace.

La conmoción le duró, no recuerdo bien, pero creo me dijeron más de cuarenta y ocho horas, y cuando rodeado de todos los médicos en la cama o mesa de operaciones, se encontraba completamente sin esperanzas de sobrevivir, el bueno de I., sentándose y dirigiéndose a cuantos le trataban dijo: «*Tengo hambre*».

Pasada la conmoción, y después de algunos días de reposo absoluto, fue dado de «alta», concediéndosele unos cuantos días de permiso, que pasó en su tierra y al lado de su familia.

Este gran salto que dio en el espacio motivó que por alguno, con cierta gracia, se le llamara de apodo «*Vedrines*», que fue un gran aviador de aquellos tiempos.

Creo que las novatadas que acabo de referir pueden muy bien incluirse en el cuadro de las llamadas «*criminales*».

Entre las de mala educación, groseras, ordinarias y estúpidas, recuerdo aquellas que se imponían a los «*novatos*» para que se declararan amorosamente a alguna muchacha, alguna vieja solterona o a algún sacerdote de cierta edad.

Otras de mala intención había, entre las que ví la de un «*antiguo*», tirar fuertemente de un botón de la «*polaca*» de un «*novato*» y llevarse detrás del botón un gran pedazo de dicha prenda, novatada que, naturalmente, no sólo fue para el «*novato*» sino indirectamente, o muy directamente, contra su bolsillo, y, por consiguiente, dura para su padre, ya que tuvo que hacérsele una polaca nueva.

Y entro de lleno en las correspondientes a mi tiempo y a mi persona, novatadas que dieron lugar a gran tirantez entre ambas promociones, en la que de un fuerte modo intervino nuestro coronel, Villalva.

No sé la clase de novatadas que darían lugar a ello, pero sí recuerdo que entre las mismas había una muy desagradable y sucia, que consis-

tía en ordenar el antiguo al alumno de nuevo ingreso pasara por debajo de todas las camas de la compañía, que no bajaban de un centenar. Muchas veces, el que las ordenaba sólo tenía unos diez y siete años, y en cambio, el que sufría las novatadas de esta clase se encontraba cerca de los treinta, como en mi promoción los había, y entre ellos G. B. y A. G. Ll., E. R. S., L. D. C., y algunos otros, quienes, por haberseles pasado la edad, sentaban plaza en el Ejército u otros Cuerpos, o se habían preparado perteneciendo ya a ellos. Lo cierto es que hubo casos en que se negaron rotundamente los pasivos a ejecutar esta clase de novatadas, lo que siempre daba origen a disgustos, broncas y desafíos, que terminaban, por lo regular, en un match de boxeo, golpes o tortas, en su correspondiente *ring*, que no era otro que el cuarto de aseo de la compañía a que pertenecían, a hora en que el oficial o teniente de semana o servicio no se encontraba presente. Por otra parte, hubo casos de pedir la separación de la Academia y carrera, motivados por esta clase de novatadas, lo que llegó a conocimiento de la superioridad, algunas veces por los mismos alumnos que las delataron. Lo cierto es que hubo un rompimiento serio entre ambas promociones, en el que los antiguos acordaron no dirigirles la palabra ni reunirse con ninguno de los de nuevo ingreso, uniéndose los «apóstoles», como se llamaban a los que se encontraban cursando el segundo año, a los antiguos, por lo que quedó la promoción de novatos completamente aislada del resto de la Academia, en forma tal que a mí, que tenía muy buenos y antiguos amigos y antiguos amigos de San Fernando y Cádiz entre los de segundo y tercer año, me pidieron que no me acercara a ellos y que no extrañase que me hicieran el *vacío*, pues, era cosa que se había acordado por los «antiguos» en represalia a haberse delatado a los superiores algunas de las novatadas que se habían dado.

En tal situación, fuimos todos los de la Academia *obsequiados* por el coronel Villalba con unas largas y hermosas marchas o paseos militares que, sin recordar por dónde eran, no se me han olvidado los grandes y largos arenales que recorriamos, lo que nos hacía aún más penoso el esfuerzo, y volver completamente fatigados, olvidando todo cuanto se relacionaba con el disgusto entre las promociones. Según se decía, fue el castigo que impuso Villalba a toda la Academia para terminar de una manera completa con el estado de poca unión y compañerismo que existía. Así continuamos hasta el día de la Patrona en que, poco a poco, fueron desapareciendo estas anomalías, volviendo todos a tratarnos, si bien quedó por desgracia algo de poca simpatía entre las dos promociones.

Y para terminar con este capítulo y hacerlo más agradable, paso a relacionar todas las novatadas que recibí y que, por tratarse más

bien de un buen humor, harán olvidar las que llevo contadas.

Fue mi sastre al ingresar en la Academia Venancio Pérez, y después su hijo Pablo Pérez. Me hicieron el correspondiente uniforme de paño, que me fue enviado a casa, en San Fernando, para que durante el verano pudiera lucirlo.

Bien porque el sastre al tomarme la medida de la guerrera se hubiera equivocado, o bien, porque la *heredase* de alguno a quien no le gustó, lo cierto es que resultaba bastante larga, y que se asemejaba más bien a aquellos levitines que, con el uniforme anterior al nuestro, o sea anterior a 1908, usaban los cuerpos facultativos de Artillería e Ingenieros, y que llegaban casi a la mitad del muslo. A mí, que era la primera vez que usaba tal prenda, me parecía preciosa, y no la encontraba defecto alguno, pero, por lo visto, no agradó a todos, y ello fue que un domingo, paseando por Zocodover con el uniforme de paño, y al poco tiempo de ingresar en la Academia, fui llamado por un antiguo, el que, casi coléricamente, me preguntó como era que no llevaba las trabillas, a lo que contesté que como no era día de gala no tenía por que usarlas. Me replicó que las trabillas a las que se refería no eran las del pantalón sino las que me hacían falta para la guerrera. No dejó de hacerme gracia, pero no le hice caso alguno, hasta que repitiendo su petición varias veces más y cada vez en forma iracunda, no tuve otro remedio que llevar, cuando vestía de paño, unas trabillas del pantalón guardadas en un bolsillo del mismo, para enseñárselas cada vez que me las pedía.

Antes de pasar a otra, viene a mi memoria lo que le ocurrió a C. L., con ocasión de pasar una revista en traje de paño.

Se aproximaba un día de gala, que no recuerdo cuál era, o de la festividad de la Jura de la Bandera, lo cierto es que tuvimos que pasar revista en traje de gala en la compañía; en la primera, que era la que pertenecíamos, y como externos, fuimos por la tarde vestidos ya de gala. Al toque de Escuadra formamos dentro de la compañía internos y externos, si bien con separación, los externos en la segunda sala, o sea, la que daba a la Cuesta del Alcázar.

Muy cerca de mí se encontraba C. L. y, desde un principio, nos dimos cuenta de que el sable lo llevaba al *lado derecho* y el plumero del ros o «Pom-Pon» falto del bombillo, su base, haciéndoselo observar, pero no nos hizo caso, si bien lo encontramos muy nervioso y excitado. Como no hubo forma de que por parte de él se corrigiera el modo de llevar dichas prendas, llegó la hora de formar haciéndolo tal y como estaba.

Primeramente, fue el teniente don Carlos Gómez de Salazar quien nos pasó revista, y al llegar a la altura en que se encontraba C. L. se paró, observando algo raro, que para mí que no cayó en ei

primer momento de lo que se trataba, pero después no pudo por menos de soltar una carcajada, diciéndole que se pusiera las prendas bien, a lo que le ayudamos. Fue una novatada con gracia.

Por las tardes, al terminar las clases de prácticas o de alguna teórica, subíamos a la compañía los externos, para recoger la gorra, espadín, libros, etc., que allí nos habíamos dejado, y volver a nuestras casas para gozar de la hora de paseo. Como digo anteriormente, pertenecía a la primera, y todos mis efectos los dejaba al final de la segunda sala, o sea cerca del torreón SO., donde se encontraba el alumno interno de tercer año J. C., y, desde el primer día, tomó por costumbre entregarme a la hora de marcha para el paseo un botijo para que se lo llenara en el cuarto de aseo, lo que suponía tener que recorrer las dos salas que daban a las fachadas norte y poniente. Pero no era lo malo el ir a llenar el botijo todas las tardes, sino que, tan pronto como entraba con él en la primera sala, todos los demás antiguos me lo pedían para echarse un buen trago, lo que hacía que me lo vaciaran pronto, teniendo que volver varias veces a llenarlo, hasta que, habiendo bebido todos en él conseguía llevarlo lleno a su dueño, quien me manifestaba su contrariedad por lo que había tardado en servirselo. Total, que de esta forma casi perdía todo el tiempo que duraba el paseo.

Otra que recuerdo fue la de que, en un descanso entre clase y clase, me vino un antiguo a preguntarme «*por qué la esfera del cerrojo era redonda*» (del fusil mauser). A esta pregunta no sólo yo sino otros nos quedábamos sin poder explicar la causa, por más que nos paseáramos por el texto de Geometría de Ortega y por el Manual del Fusil Mauser, cuyo autor era el «pobre señor de Melas» como se llamaba al teniente coronel don A. D., no faltando después de algún tiempo, que el autor de la pregunta, con bastante socarronería y pitorreo, nos volviera a preguntar si alguna vez habíamos conocido una *esfera* cuadrada, cúbica o poliédrica.

Varias eran las que recibíamos en el interior de la Catedral, y no me libré de aquéllas en que le preguntaban a uno la medida del pie del San Cristobalón pintado en uno de los muros, a lo que, después de ir a verlo, contestaba que, a su parecer, mediría un metro, más o menos, cuya contestación no agradaba nunca al que hacía la pregunta, pues, decía «que la quería en términos militares» y había que ir a buscar un compañero que lo supiera, cuya respuesta era «*la de un sable y un ros*».

Pues, y ¿cuando le mandaban ir a buscar a Adán y Eva, que, en estrecho abrazo, aparecían en uno de los relieves escultóricos que rodean, por su parte exterior, el coro y en el que se representa la creación del mundo?

También era divertido el buscar la piedra transparente de la Catedral, sin conocer ésta, que se encuentra al fondo de ella y da al Claustro y que, como es natural, era igual a las otras anteriores; mientras no se lo dijeran a uno no era posible averiguarlo.

Otra de las que recuerdo como más chistosa era aquella pregunta que hacían de «*cómo tenía la nariz el cabo Primitivo Ecurra*». Resultaba de difícil contestación, pues, por lo general, no conocíamos ni habíamos visto en nuestra vida a tal cabo. Este era un galonista que, en un sus tiempos de niño, fue atacado de viruelas, teniendo la cara marcada con las pústulas propias de dicha enfermedad, y hasta la nariz que, vista de perfil, parecía estar en una línea dentada. Después de recorrer unas cuantas veces el patio del Alcázar para encontrar alguien que diera la solución, por fin se obtenía, volviendo al que había hecho la pregunta para decirle «*señor: el cabo Primitivo Ecurra tiene la nariz de «canto espoleado» para su más fácil manejo.*

No recuerdo haber dado yo alguna, como no fuera el preguntar por el patio del Alcázar a todos los novatos que me encontraba ¿qué eran una «matraca» y una «escalera de caracol»? con el fin de ver si hallaba alguien que me definiera ambas cosas lo más detalladamente posible. Pues bien, no encontraba a ninguno, y todos se limitaban a describírmelas con sucesivos giros de la mano derecha, trazando en el aire numerosas circunferencias verticales para la primera, y para la segunda, elevando poco a poco igual mano en sucesivas curvas de espiral.

Y para terminar quiero contar mi intervención para cortar la que hacía poner en ridículo ante unas muchachas a uno de mis «novatos».

Encontrándome una noche en el lugar dedicado al paseo en San Fernando, y acompañado del alumno de nuevo ingreso J. P., por desgracia, de triste recordación, íbamos paseando detrás del compañero de mi promoción F. G. M., que acompañaba a su novia y a otras muchachas; haciéndole éste señas al «novato» para que se pusiera los guantes, cosa que obedecía inmediatamente, pero tan pronto como vio se los había puesto, le ordenó que se los volviera a quitar; repitiendo esta broma infinidad de veces, me dí yo cuenta de que lo que quería era que sirviera de distracción y guaseo a las muchachas, las que no hacían más que volver la cara y mirarlo, riéndose de él.

Como la broma o «novatada» no era más que para divertir a las niñas a costa de él, me llegó a molestar e intervine a su favor, ordenando al «novato» que no volviera a hacer caso a G. M. con respecto a los guantes.

Esto no satisfizo al «antiguo», no por la *desobediencia* sino por-



que lo dejaba en mal lugar ante las muchachas, que se encontraban pasando un buen rato, y, separándose de ellas, G. M. vino a buscar al «novato», bronqueándole y amenazándole con que, en lo sucesivo, lo pasaría bastante mal en Toledo, durante su tiempo de novato. Ya esto me molestó todavía más, interviniendo nuevamente en favor del alumno de nuevo ingreso, lo que no dejó de costarme algunas palabras gruesas y el correspondiente disgusto con el compañero de promoción.

*Un Cl. Vtno.*

## CONCURSO DE MONOGRAFÍAS DEL AÑO 1964

*A propuesta del Consejo de Redacción de la revista, la Diputación Provincial, en sesión de 15 de marzo de 1965, acordó adjudicar los premios a los siguientes trabajos:*

*«Las representaciones teatrales y demás festejos públicos en la Sevilla del Rey José», que se presentó bajo el lema Talía, y del que resultó ser autor don Francisco Aguilar Piñal, de Sevilla.*

*«El Crucificado en la Semana Santa sevillana», designado como Misericordia, y escrito por don Antonio de la Banda y Vargas, de Sevilla.*